

FILÍPICA DÉCIMATERCIA
CONTRA MARCO ANTONIO

TRADUCIDA AL CASTELLANO POR

D. JUAN BAUTISTA CALVO

I. Desde el principio de esta guerra, padres conscriptos, que mantenemos contra ciudadanos impíos y sacrilegos, sospechamos se nos harían insidiosos ofrecimientos de paz para apagar nuestro ardimiento por recuperar la libertad. Dulce es por sí sólo el nombre de paz, y el hecho no puede ser más satisfactorio y saludable. Pero los hogares privados y las leyes públicas, los derechos de la libertad, no puede quererlos aquel á quien deleitan las discordias, la matanza de ciudadanos, la guerra civil, y que, á mi juicio, debía ser suprimido del número de los hombres y exterminado como incompatible con los fines de la naturaleza humana. Sea Sila ó Mario, ó ambos, ú Octavio, ó Cinna, ó Sila por segunda vez (1), ó Mario el joven, ó

(1) Sila promovió dos guerras civiles, la primera contra Mario el padre, y la segunda contra Mario el hijo y Carbón.

Carbón, ó cualquier otro que desee la guerra civil, le juzgo detestable ciudadano, nacido para desdicha de la patria. ¿Qué diré del último opresor (1), aquel cuyas actas hemos declarado válidas después de reconocer que su muerte había sido legítima? No hay nada más odioso que un ciudadano, un hombre (si ciudadano y hombre merece llamarse), deseoso de guerra civil. Pero hay que ver primero, padres conscriptos, si es posible la paz con todo el mundo ó si hay guerras inevitables, porque cualquier pacto de paz es ley de servidumbre. Cuando Sila y Scipión trataban de la paz, aunque fuera simuladamente, no cabía desesperar de lograrla, pues si se ponían de acuerdo, el nuevo estado de cosas llegaba á ser tolerable. Si hubiese querido Cinna confirmar su concordia con Octavio, fuera tranquila entonces la vida de los hombres en la República, y en la última guerra, de ceder algo la gran altivez de Pompeyo y mucho la ambición de César, hubiésemos conseguido una paz estable y una apariencia de República.

II. Pero hoy, ¿qué sucede? ¿Puede haber paz con los Antonio, con Censorino, Ventidio, Trebelio, Bestia, Nucula, Munatio, Leaton, Saxa? Y cito estos pocos nombres como ejemplo, porque la raza es infinita, pudiendo juzgar vosotros mismos de la inhumanidad de los otros. Añadid los naufragados restos de las amistades de César, los Barba Cassio, los Barbato, los Polion y además los íntimos de Anto-

(1) Julio César.

nio, sus compañeros de juego y de orgías En-trapelo, Mela, Celio, Poncio, Crasicio, Tirón, Mustela, Petissio; y sólo nombro los jefes, prescindiendo de los que forman la comitiva; añadid los Alandes y demás veteranos, semillero de jueces de la tercera decuria (1), que después de haber perdido su patrimonio y devorado los beneficios de César, apetecen nuestros bienes. ¡Fiad en la diestra de Antonio, que á tantos ciudadanos dió muerte! ¿Cuál será la garantía ó la sanción de lo que con los Antonios convengamos? ¡Si Marco intenta violar su juramento, le disuadirá, sin duda, de tal propósito la probidad de Lucio! Si encuentran asilo en Roma, la misma Roma no lo tendrá dentro de sus muros. Ahora, padres conscripios, figuraos ver la continencia, sobre todo de los Antonios, su aspecto, sus rostros, su talento; figuraos ver los amigos que tienen á su lado, los que les siguen, los que les preceden. ¡Qué aliento emponzoñado sale de las bocas de esos hombres, que sólo profieren palabras de insulto y amenaza! Pero acaso la paz contribuya á calmarles, y sobre todo cuando entren en este recinto, quizá saluden atenta y afablemente, llamando á cada cual de nosotros por su nombre.

III. ¡Por los dioses inmortales! ¿no recordáis los decretos lanzados contra ellos? Habéis rescindido las actas de Antonio; habéis anulado sus leyes, estimándolas producto de la vio-

(1) En la primera filípica se habla extensamente de esta tercera clase de jueces y de los Alaudes ó soldados llamados así por rematar sus cascos con figuras de alondras. Formaban la legión alaudiana.

lencia y dadas contra los auspicios; habéis provocado el levantamiento de toda Italia; habéis declarado enemigo de la patria á su colega y cómplice en todas sus maldades. Con esto, ¿qué paz puede haber? Si se tratara de un enemigo extranjero, apenas habría medio, después de tales hechos, de poder transigir con él. Aun sin ver á Antonio, aunque os separaran de él mares, montañas y dilatadas regiones, le odiaríais. Y se encuentran ahí, á nuestra vista, y el día menos pensado pueden cogernos por el cuello; porque, ¿con qué barreras detendremos á esos feroces monstruos? Pero se dirá: el éxito de la guerra es incierto. Propio es de fuertes varones, cual vosotros debéis serlo, confiar en el valor que en tan alto grado poseen, sin temor á los golpes de la fortuna. Pero como á este orden senatorial no sólo se le pide valor, sino también sabiduría, virtudes que parecen inseparables, procuremos, sin embargo, separarlas. El valor obliga á pelear, inflama el ánimo con justo resentimiento, nos impele á la lucha y provoca el peligro. ¿Y la sabiduría? Nos induce á usar de precauciones, atiende al porvenir y procura, por todos los medios, su seguridad. ¿Qué nos aconseja, pues? Porque su consejo es preciso obedecerlo y juzgarlo no sólo excelente, sino la determinación más acertada. Si me ordena que ante todo atienda á conservar la vida, no exponiéndome á peligros de muerte y evitando todo riesgo, le preguntaré si es preciso hacer tal cosa aun á costa de la servidumbre. Si contesta afirmativamente, no escucharé más tal sabiduría, por profunda que sea. Si, al contrario, me responde, conserva tu vida, tu

persona, tu fortuna, tu patrimonio; pero á condición de poner por encima de ellos la libertad y de no querer gozar de ellos sino en una República libre; no sacrificando la libertad á la riqueza, sino haciendo á la libertad el sacrificio de tales bienes, como prendas de injuriosa fortuna, creeré oír entonces la voz de la sabiduría y le obedeceré como á un dios. Si recibiendo á los Antonios podemos ser libres, vencamos nuestro odio y pactemos la paz; pero si mientras ellos imperen no ha de haber derechos para nosotros, agradezcamos á la fortuna que nos facilite la lucha, porque, ó serán vencidos y gozaremos de una República victoriosa, ó nos vencerán (¡no lo permita Júpiter!) y reemplazaremos al aliento corporal con la fama inmortal de la virtud.

IV. Pero se dirá: Marco Lépidó, por segunda vez *imperator*, que en la última guerra civil fué meritorio de la República, nos aconseja la paz. Nadie tiene, padres conscriptos, mayor autoridad sobre mí que M. Lépidó por su propia virtud y por la dignidad de su progeñie. Le debo personalmente muchos servicios importantes, y aun él tiene conmigo muchas obligaciones; sin embargo, á mis ojos, el mayor de sus beneficios es el celo que le anima en favor de la República, la cual amé yo siempre más que á la vida. Desde que al preclaro joven y excelente varón, hijo de Pompeyo el Grande, redujo Lépidó con su autoridad á mantenerse en paz, viéndose así libre la República, sin el auxilio de las armas, del peligro inminente de guerra civil, júzgame más obligado á él que por los favores que me haya hecho. He emplea-

do toda mi influencia y vosotros me habéis secundado para hacer que se le concedan los más grandes honores, y desde entonces siempre he esperado algo bueno de Lépido y siempre he hablado bien de él. Muchos y fuertes lazos mantienen unido á Marco Lépido con la República. Su ilustre nacimiento, los grandes honores que ha obtenido, el augusto sacerdocio que desempeña, la multitud de monumentos con que sus antepasados, su hermano (1) y él mismo han decorado á Roma, una esposa honradísima, unos excelentes hijos, una fortuna enorme, que en nada acrecentaron las contiendas civiles; ningún ciudadano maltratado por él y, al contrario, debiendo muchos la libertad á su misericordia y beneficios, hacen que se le estime hombre y ciudadano de tales condiciones que pueda equivocarse en su opinión, pero no desear pacto alguno contrario á los intereses de la República.

Lépido quiere la paz. Perfectamente, si puede lograrla como la última que ha hecho y permite á la República ver al hijo de Cneo Pompeyo abrirle los brazos, recibirle en su seno y creer que no sólo él, sino la misma República ha sido con él restablecida. Por esta causa votasteis en su honor una estatua en la tribuna pública con preclara inscripción, y en su ausencia le concedisteis el triunfo. Aunque hubiese realizado grandes empresas militares, dignas del triunfo, debía halagarle obtener lo que se

(1) L. Emilio Paulo, hermano de Lépido, había hecho construir en el Foro una nueva basílica y reparar la antigua, construída por sus antecesores.

había negado á L. Emilio, á Scipión Emiliano, y al primer Africano, y á Mario y á Pompeyo, que terminaron guerras más grandes. Pero él ahogó silenciosamente una guerra civil, y tan pronto como habéis podido le concedisteis los más insignes hñones.

V. ¿Cree M. Lépido que las virtudes de ciudadano, mostradas por Pompeyo en la República, las encontrará éste en los Antonios? Resplandece en aquél la honradez, la moderación, la formalidad, la integridad; en éstos (y al designarlos no exceptúo á ninguno de esa turba de bandoleros), sólo encontramos liviandades, delitos y todos los atentados propios de una monstruosa audacia. Yo os pregunto, padres conscriptos: ¿quién de vosotros no ha visto lo que la misma fortuna vió, aunque se le llame ciega? Dejando á salvo las actas de César que por la causa de la concordia hemos defendido, Pompeyo volverá á su casa, recobrándola por no menos precio que la pagó Antonio; y ¡oh cosa acerba! la casa de Cneo Pompeyo ¡la comprará de nuevo su hijo! Pero esta desdicha ya se ha llorado bastante, puesto que habéis concedido al joven Pompeyo una cantidad de dinero igual al valor de los bienes del padre, disipados como botín por un enemigo poderoso. Reclamo para mí, en nombre de la amistad que me unió al padre, el honor de la iniciativa en la entrega de esta suma al hijo. Sexto Pompeyo recobrará los jardines, los edificios y las fincas urbanas de su padre, que posee Antonio; pero resignándose de buen grado á perder el dinero, las ropas, la vajilla, los vinos que disipó esta fiera. Recobrará de Dolabela las pose-

siones de Alba y de Firmo, y de Antonio las de Túsculos. Los que ahora atacan á Módena y sitian á D. Bruto, los Anser (1), serán echados de Falerno. Hay otros, sin duda, pero no recuerdo sus nombres. Lo mismo digo de aquellos que, sin ser del número de los enemigos, compraron posesiones de Pompeyo, que devolverán á su hijo. Fué gran desconsideración, por no decir grande audacia, poner mano en tales cosas. ¿Quién puede conservarlas en su poder cuando su ilustre dueño nos ha sido restituído? ¿Se negará á la devolución el que, copando el patrimonio de su señor, como dragón que guarda su tesoro, siervo de Pompeyo, liberto de César (2), se apoderó de las posesiones de la Lucania? Los setecientos millones de sestercios que habéis prometido, padres conscriptos, al joven Sexto, se distribuirán de tal modo que parezca habéis puesto al hijo de Cneo Pompeyo en la posesión de su patrimonio. Esto, por lo que hace al Senado; lo demás corresponde al pueblo romano, que sabrá reparar los infortunios de familia, á quien ha visto tan poderosa. Ante todo, el cargo de augur que ejerció su padre y que éste me confirió, será devuelto al hijo y le pagaré una deuda dándole mi voto. Trátase de nombrar un augur de Júpiter, óptimo máximo, cuyos intérpretes é internuncios legalmente establecidos somos nosotros. Ahora

(1) Antonio había dado una finca de Pompeyo á un mal poeta, llamado Anser, de quien habla Ovidio y que se encontraba entonces entre los sitiadores de Módena.

(2) Se ignora quién sea este esclavo de Pompeyo emancipado por César, cuyo nombre no cita Cicerón.

bien; entre Pompeyo y Antonio, ¿á cuál eligirá para este cargo el pueblo romano? Paréceme que el numen de los dioses inmortales ha querido por singular fortuna que, á la vez que las actas de César son confirmadas y ratificadas, el hijo de Cneo Pompeyo pueda recobrar la jerarquía y los bienes de su padre.

VI. Hay un hecho, padres conscriptos, que creo no deber pasar en silencio, cual es el de que los preclaros varones que fueron en embajada, L. Paulo, Q. Thermo y C. Fannio, cuya adhesión á la República conocéis, adhesión constante é invariable, con objeto de conferenciar con Pompeyo, llegaron hasta Marsella y le encontraron muy dispuesto á marchar con su ejército hacia Módena si no recelase ofender con ello á los veteranos. Se ve, pues, que es digno hijo de un padre tan valeroso como prudente en sus determinaciones. Comprenderéis que posee el valor y no le falta la inteligencia. En cuanto á M. Lépido, debe procurar no parecer que procede con una altivez impropia de sus costumbres. Si quiere amedrentarnos con su ejército, no olvide que dicho ejército es del Senado y el pueblo romano, de la totalidad de la República, no suyo. Pero se dirá: puede utilizarlo como si fuera suyo. ¿Qué? ¿Un hombre honrado debe ejecutar todo aquello que puede hacer, por abusivo y pernicioso que sea, aunque se trate de cosas vergonzosas y punibles que estén absolutamente prohibidas? ¿Y hay algo más reprehensible y vergonzoso, algo menos digno que proceder al frente de un ejército contra el Senado, contra los ciudadanos, contra la patria? ¿Hay cosa más vituperable que ejecu-

tar lo que no es lícito? Si llamamos lícito lo que establecen las leyes, las costumbres de nuestros antepasados y las instituciones, no lo es seguramente conducir un ejército contra la patria. No es lícito todo lo que puede hacer cualquiera, ni permitido cuanto pueda realizar sin obstáculos. La patria te ha dado, Lépidó, un ejército, como lo dió á tus antepasados; pero te lo dió para combatir á los enemigos, para ensanchar los límites del imperio, para obedecer al Senado y al pueblo romano, si por acaso te destinan á otro servicio.

VII. Si así piensas, Lépidó, eres verdaderamente gran pontífice, nieto del famoso pontífice Máximo Marco Lépidó; pero si juzgas que para los hombres es lícito cuanto pueden hacer, procura rechazar extraños y recientes ejemplos, adoptando, en cambio, las antiguas máximas de nuestros antepasados. Si interpones tu autoridad sin valerte de las armas, habré de aplaudirlo; pero procura que esto mismo no sea necesario. Tu autoridad es tan grande como debe tenerla un hombre nobilísimo; pero el Senado no ha perdido su dignidad; al contrario, jamás mostró más vigor, constancia y fortaleza. El mismo ardimiento nos anima á todos para recobrar la libertad, y no hay autoridad en el mundo que pueda extinguir este ardimiento en el Senado y en el pueblo romano. Odiamos, peleamos con ira: no se nos podrán arrebatar las armas de las manos: no podremos oír la señal de retirada que nos aparte del combate; tenemos las más lisonjeras esperanzas y preferimos las peores, las más difíciles circunstancias, á la servidumbre. César ha formado un ejérci-

to invencible: dos bravos cónsules dirigen los suyos. De L. Planco, cónsul electo, que manda numerosas variadas fuerzas, no ha de faltarnos el auxilio para combatir por la salvación de D. Bruto. Un furioso gladiador con una banda de horribles bandoleros ha emprendido la guerra contra la patria, contra los dioses penates, contra nuestras aras y nuestros hogares, contra cuatro cónsules (1). ¿Cederemos á él? ¿Escucharemos sus condiciones? ¿Creeremos posible ajustar con él la paz?

VIII. ¿Pero existe el peligro de que nos oprima Lépido? No; yo no creo que un hombre poseedor de inmensas riquezas, cuyo goce no le será posible sin nuestra salvación, proceda contra su propia conveniencia. Los buenos ciudadanos fórmalos primero la naturaleza, y después la fortuna los completa. Todos los hombres de bien están interesados en la salvación de la República; pero este interés es aún mayor en los afortunados. ¿Quién, como antes dije, lo es más que Lépido? ¿Quién de más sanas intenciones? El pueblo romano vió su tristeza y sus lágrimas cuando lo de las Lupercales; vió lo profundamente humillado que quedó cuando Antonio, poniendo una diadema en la cabeza de César, declaraba preferir ser su esclavo á ser su colega, porque aun cuando Antonio no hubiese cometido otras infamias y otros crímenes, consideraría yo este solo hecho digno de toda clase de castigos. Si le gustaba tanto la servidumbre, ¿por qué nos imponía á nos-

(1) Los dos en ejercicio, Hircio y Pansa, y los dos electos, Décimo Bruto y Lucio Planco.

otros un amo? Si en su niñez tuvo que prestarse á las liviandades de los que le tiranizaban, ¿era esto motivo para someter á nuestros hijos á un amo, á un tirano? Por ello, cuando la muerte de César, lo que queria que éste fuese para nosotros, lo fué él para los demás. ¿Qué tierra de bárbaros ha producido nunca un tirano más cruel y feroz que Antonio, escoltado como se le ha visto en Roma, por las armas de los bárbaros? Bajo la dominación de César veníamos al Senado, si no libremente, al menos seguros. Este archipirata (¿por qué he de llamarle sólo tirano?) ha hecho que los Ithyreneos ocupen nuestros asientos. Escapó de repente hacia Brindis, con objeto de volver contra Roma en columna cerrada. Una ciudad opulenta, hoy municipio, antes fidelísima colonia, Suessa, fué inundada de sangre de los más bravos soldados. En Brindis, en presencia, no diré de la mujer más avara, pero sí de la esposa más cruel, los mejores centuriones de la legión de Marte fueron muertos; por esto se comprenderá el arrebató, el furor con que volvió á Roma, es decir, á matar á los mejores ciudadanos. Entonces fué cuando los dioses inmortales nos concedieron este imprevisto é inesperado refuerzo.

IX. La increíble y casi divina virtud de César contiene el impetu de ese bandido cruel y furibundo, que insensatamente creía manchar en sus edictos la reputación de César, ignorando que cuantas falsedades decía contra este honradísimo joven recaían en daño suyo, pues traían á la memoria su vergonzosa infancia. Entra en Roma con una escolta que más bien es un ejército, y mientras el pueblo ro-

mano se lamenta, él, á derecha y á izquierda amenaza á los propietarios, señala las casas y promete públicamente repartir la ciudad entre sus parciales. Vuelve á su campamento, y allí en Tibur, pronuncia su abominable arenga. Acude de nuevo á Roma, reúne el Senado en el Capitolio. La sentencia de proscripción del joven César está ya preparada y en poder de un joven consular, cuando de pronto Antonio (que sabía estaba en Alba la legión de Marte), sabe la marcha de la cuarta legión, y asustado por esta noticia, renuncia al propósito de llevar á César ante el Senado. Sale de Roma, no por las calles anchas, sino por los callejones, vestido con su traje militar, y en el mismo día consigue innumerables decretos del Senado, todos los cuales, apenas escritos, son archivados. El no camina, sino corre en fuga á la Galia. Cree que César le sigue con la legión de Marte y la cuarta y con los veteranos, cuyo sólo nombre le inspira miedo invencible. Cuando iba á entrar en la Galia se lo impide Décimo Bruto, y el oleaje de la guerra amenaza envolverle por todos lados, sin que pueda avanzar ni retroceder, y Módena es como el freno puesto á su furor. Antonio asedia la ciudad, rodeándola de parapetos y trincheras, sin que la fama de una floreciente colonia, ni la respetabilidad de un cónsul electo le aparten del parricidio. Entonces fué (pongo por testigos á vosotros, al pueblo romano y á todos los dioses que esta ciudad protegen), cuando á pesar mío y contra mi opinión, enviasteis una embajada de tres consulares á ese bandido, á ese jefe de gladiadores. ¿Vióse jamás un hombre tan bárbaro, tan in-

humano, tan feroz? Ni les oyó, ni les respondió. Y el menosprecio y la desconsideración no es sólo para los fueron y esperaban, sino mucho más para nosotros, que les habíamos enviado. Desde entonces, ¿cuántas maldades, cuántos crímenes no ha cometido ese parricida? Asedia á vuestros colonos, á un ejército del pueblo romano, á un general, á un cónsul electo, devasta las haciendas de los mejores ciudadanos y es un temeroso enemigo de todos los hombres de bien, á quienes amenaza con tormentos y suplicios.

X. Sabido esto, M. Lépido, ¿hay posibilidad de paz con ese hombre, cuyo suplicio no bastará acaso á saciar la venganza del pueblo romano?

Si se pudiera dudar de que no hay avenencia posible entre el Senado y el pueblo romano y esa cruelísima fiera, disiparía todas las dudas la carta que me ha enviado el cónsul Hircio, y que acabo de recibir. Voy á leerla, y mientras discuto brevemente cada una de las opiniones en ella expresada, os ruego, padres conscriptos, me escuchéis con la misma atención que hasta ahora.

Antonio á Hircio y á César.—Ni se nombra general, ni á Hircio cónsul, ni á César propretor. Esto no deja de ser hábil, puesto que prefiere renunciar para sí á un título usurpado, á darles á ellos el que les pertenece. «*La noticia de la muerte de C. Trebonio no me ha dolido más que alegrado*». Ved lo que dice que le alegra, ó que le duele, y podréis deliberar más fácilmente acerca de la paz. «*Se ejecutó el sacrificio de un malvado á las cenizas y los huesos de un grande*

hombre. Antes de transcurrir el año aparece la voluntad de los dioses. Los parricidas sufren el castigo, ó les amenaza, y esto me alegra». ¡Oh Espartaco! (¿con qué otro nombre he de llamarte?), cuyas nefandas maldades harían tolerables las de Catilina. ¿Te atreves á escribir que te alegra el castigo de Trebonio? ¿Malvado Trebonio? ¿Cuál es su crimen, á no ser el de haberte substraído el día de los idus de Marzo al castigo que tus infamias merecían? (1).

He ahí lo que le alegra. Veamos lo que le aflige. «*Se declara á Dolabela enemigo de la patria por haber dado muerte á un asesino, y muestra el pueblo romano mayor cariño al hijo de un bufón que á C. César, el padre de la patria. Esto me hace sollozar*». ¿Gemir tú por el decreto que declara á Dolabela enemigo público? Pues qué, ¿no comprendes que el levantamiento en masa de toda Italia, el envío de los cónsules, los poderes dados á César, finalmente, el armamento general significa que á ti también se te juzgó enemigo de la República? ¿Qué, te lamentas, malvado, de que el Senado declare enemigo á Dolabela, y al mismo tiempo no te inspira este orden senatorial ninguna consideración? Pero no; lo que te propones buscar es una causa de guerra, un motivo para destruir el Senado y para que todos los hombres de bien y los ricos sufran la misma suerte que esta augusta corporación. Llama á Trebonio hijo de bufón,

(1) El día de los idus de Marzo fué el del asesinato de César. Los conjurados habían convenido en no matar á nadie más, y para salvar á Antonio, sacóle Trebonio de la sala de sesiones pretestando que necesitaba hablarle.

como si ignorásemos que su padre fué un ilustre caballero romano. ¡Se atreve á desdeñar la humildad de nacimiento de algunos, quien ha tenido hijos de Fabia!

XI. «*Pero lo más acerbo para mí es que tú, Hircio, honrado con los beneficios de César y dejado por él en una dignidad que á ti mismo te admira*». Efectivamente, no puedo negar que Hircio fué honrado por César; pero estos honores concedidos al talento y al mérito, resplandecen. En cambio tú, que tampoco puedes negar haber sido honrado por el mismo César, ¿qué serías si no te hubiese favorecido tanto? ¿A qué hubieras llegado por tu mérito? ¿A qué por tu nacimiento? Habrías arrastrado tu vida por lupanares y tabernas, entregado al juego y al vino; lo que hacías cuando descansaban tu cuerpo y tu entendimiento en el regazo de las comediantas. «*Y tú, joven*». Así llama á Octavio, que ha probado y probará ser no sólo hombre, sino hombre de gran valor. La palabra joven conviene, efectivamente, á su edad; pero no debe prevaleerse de ello Antonio, que con su locura realza la fama de este niño. «*Tú, que todo lo debes á su nombre*». Lo debía, en verdad, y lo ha pagado noblemente. Si César fué el padre de la patria, como tú le llamas (yo no sé en esto á qué atenerme), ¿por qué no ha de ser también y más verdaderamente nuestro padre el que nos ha salvado la vida y nos libra de tus infames manos? «*Procuras justificar la condenación de Dolabela*». ¡Qué acción tan vergonzosa! ¡Defender la amplia autoridad de un miembro del Senado contra la demencia de un feroz gladiador! «*Librar á este envenenador que está sitiado*». ¿Te

atreves á llamar envenenador al hombre que ha inventado el remedio de tu veneno? Dices que le asedias, nuevo Annibal, ó acaso más hábil general, y eres tú mismo quien te dejas sitiarse hasta el punto de que, aunque quieras, no podrás moverte de donde te encuentras, porque si retrocedes, por todas partes serás perseguido, y si permaneces ahí serás anonadado. Tienes razón en llamarle envenenador, puesto que comparable á la de un envenenado es tu actual desesperada situación. «*A hacer que sean poderosísimos Casio y Bruto*». ¿Crees hablar de Censorino, ó de Ventidio, ó de los mismos Antonios? ¿Por qué no se ha de querer que sean poderosos no sólo los más excelentes y nobles varones, sino además los unidos para la defensa de la República? «*Sin duda creéis que las cosas están de igual manera que en lo pasado*». ¿Qué más? «*Llamáis Senado al campamento de Pompeyo*».

XII. ¿Sería mejor que llamáramos Senado á tu campamento? En él vemos un consular, tú, de cuyo consulado no queda ni señal ni recuerdo; dos pretores que perdieron la esperanza, si alguna tenían, de desempeñar sus cargos y la perdieron sin motivo, puesto que mantenemos los donativos de César; pretores, Philadelpho Annio y el honrado Galo; ediles, Bestia, en cuya defensa he fatigado mi voz y mis pulmones (1), el patrono de buena fe Trebelio, defraudador de sus acreedores, el estragado y arruinado Q. Celio, y Cotila Vario, el corifeo de los ami-

(1) En la undécima filípica dice Cicerón que había defendido seis veces á Bestia ante los tribunales.

gos de Antonio, á quienes éste hacía azotar en una orgía por mano de esclavos públicos; septenviros, Lento, Nucula y L. Antonio, la delicia y el amor del pueblo romano. Los tribunos electos Tulo Hostilio, que por voluntad propia inscribió su nombre en una de las puertas de la ciudad, y que, no pudiendo hacer traición á su general, le abandonó, y no sé cuál Vescio, forzado ladrón, según se dice, que, sin embargo, supo antes atemperar el agua en los baños de Pisaura. Siguen después otros tribunos; en primer lugar, T. Planco que, si quisiera al Senado, jamás le hubiese incendiado. Condenado por este crimen, ha vuelto por las armas á la ciudad de donde salió por las leyes. Esto tiene, sin embargo, de común con muchos que no se le asemejan. Planco ha desmentido el proverbio que dice «no podrá morir si no se le rompen las piernas», porque las tiene rotas y vive. Este servicio, como otros muchos, se le debe á Aquila.

XIII. También están allí Decio, que creo procede de la rama de los Decios Ratonés. Por la munificencia de César, el nombre de los Decios, largo tiempo olvidado, se renueva en la memoria este preclaro varón. ¿Quién puede preferir á Saxa Decidio, hombre sacado por César del fin del mundo para que viéramos un tribuno del pueblo en quien jamás habíamos de ver un ciudadano? También hay allí un Saserna, pero se parecen tanto todos ellos, que me equivoco al citar sus nombres. No omitiré á Exitio, hermano de Philadelpho el cuestor, porque si pasara en silencio á ese preclaro adolescente, parecería envidioso de Antonio. Está

también Asinio, senador por su propia voluntad, elegido por sí mismo. Vió abierto el Senado después de la muerte de César, y cambiando de calzado se hizo de repente padre conscripto. No conozco á Sexto Albedio, pero nadie es tan maldiciente que le niegue ser digno del Senado de Antonio. Creo haber olvidado á algunos: respecto á los que recordaba, no he podido callarme. Ése es el exiguo Senado que hace despreciar á Antonio el Senado de Pompeyo, en el cual estábamos diez consulares que, si todos viviesen, no hubiera estallado esta guerra, cediendo la audacia á la autoridad. Del apoyo que habríais encontrado en tales hombres podéis formaros una idea advirtiéndome que soy yo el único superviviente y he abatido y quebrantado, con vuestra ayuda, la osadía de ese soberbio bandido.

XIV. ¡Ah, si la fortuna no nos hubiese arrebatado á Servio Sulpicio, y antes que él á su colega M. Marcelo! ¡Qué ciudadanos! ¡Qué hombres! ¡Si dos cónsules amantísimos de la patria no estuvieran ambos como desterrados de Italia, y si el gran general M. Afranio y L. Léntulo, que tanto celo mostró en todas las cosas, y especialmente en mi repatriación, y Bibulo, cuya firmeza de carácter siempre fué elogiada, y L. Domicio, excelente ciudadano, y Apio Claudio, cuya abnegación igualaba á su nobleza, y P. Scipión, preclaro varón, digno heredero de sus antepasados; si todos ellos pudieran proteger la República, seguramente con tales consulares el Senado de Pompeyo no inspiraría desprecio! ¿No valiera más á la justicia y á la República que viviese Cneo Pompeyo y

no el usurpador de sus bienes, Antonio? ¿Y qué pretores, al frente de los cuales M. Cato, el primero de todos los hombres por la virtud? ¿Recordaré á los demás eminentes personajes? A todos los conocéis, y temo más pareceros prolijo mencionándolos que ingrato no citándolos. ¡Qué ediles! ¡Qué tribunos! ¡Qué cuestores! Tan grande era el número y la importancia de los senadores presentes en nuestro campo, que sólo por gravísimos motivos se puede excusar á los que no acudieron.

XV. Pero escuchad lo que resta. «*Tenéis por jefe un Cicerón, un vencido*». Este título de jefe me halaga, porque me lo da á pesar suyo; y que me llame vencido, poco me importa. Destino mio es no poder ser vencedor ni vencido, sino con la República. «*Proveéis de tropas la Macedonia*». Si; y es á tu hermano, que no degenera en nada de tu raza, á quien se las quitamos. «*Confáis el Africa á Varo, dos veces prisionero*» (1). Piensa dilucidar allí las cuestiones con su hermano Cayo. «*Enviasteis á Casio á Siria*». ¿Acaso ignoras que en favor de nuestra causa está el mundo entero? Tú, en cambio, no puedes poner el pie fuera de tus atrincheramientos. «*Habéis sufrido que Casca llegue á ser tribuno*» (2). ¿Qué? ¿Alejaremos de los negocios públicos como á un Marulo ó á un Cesetio (3), al que nos ha li-

(1) Julio César cogió prisionero á Sexto Quintilio Varo, primero en Corfinio y por segunda vez en África, cuando venció á Scipión.

(2) Servilio Casca fué el senador que primero hirió á Julio César, clavándole un puñal por la espalda.

(3) Marulo y Cesetio, tribunos de la plebe, fueron depuestos por César, porque habiendo colocado sobre su es-

brado para el porvenir de tan grande abuso de poder y de tantos otros actos arbitrarios? «*Habéis privado á los Lupercos del tributo establecido por Julio César*». ¿Y se atreve á hacer mención de los Lupercos? ¿No le horroriza el recuerdo de aquel día en que, embrutecido por el vino, cubierto de unguentos, desnudo, desdeñando los gemidos del pueblo romano, se atrevió á excitarle á la servidumbre? «*Habéis suprimido las colonias de veteranos establecidas por una ley y por un senado consulto*». ¿Que nosotros las suprimamos? Tan cierto es esto como que fueran establecidas en virtud de una ley votada por los comicios en centurias. Mira no seas tú quien haya perdido á los veteranos (aunque ya lo estaban de antemano), metiéndoles en un paso del que comprenden que jamás podrán salir. «*Prometéis á los marseleses devolverles lo que se les ha quitado por derecho de la guerra*». No discuto el derecho de la guerra. La controversia sería más fácil que necesaria; sin embargo, advertid, padres conscriptos, cuán enemigo nato de la República es Antonio, pues odia tanto á Marsella porque sabe fué siempre la aliada más fiel de la República romana.

XVI. «*¿Ignoráis que por la ley Hircia ninguno de los pompeyanos supervivientes puede desempeñar cargos públicos?*» ¿Quién hace mención de la ley Hircia, de la cual, seguramente, está más pesaroso el que la promulgó que aquellos á quienes concierne? En verdad, no creo que se

tatua un hombre del pueblo una corona de laurel con una cinta blanca, mandaron quitar la cinta y prender al hombre.

la pueda llamar ley, y si háy alguna, no debemos considerarla como ley de Hircio. «*Con el dinero de Apuleyo habéis pertrechado á Bruto*». ¿Qué? Aun cuando la República hubiese armado con todas sus fuerzas á ciudadano tan excelente, ¿qué hombre honrado lo sentiría? Sin dinero no habría ejército, y sin ejército no se hubiera podido coger á tu hermano. «*Aprobasteis la decapitación de Peto y Menedemo, dos huéspedes de César, á quienes dió la ciudadanía romana*». No aprobamos lo que ni siquiera oímos. En medio de tan grande conflagración de la República, no era posible pensar en dos grieguecillos insignificantes. «*Teopompo ha sido despojado y expulsado por Trebonio, teniendo que refugiarse en Alejandría, sin que vosotros os cuidéis de él*». ¡Gran crimen cometió el Senado no cuidándose del eminente Teopompo! ¿Qué importa, ni á quién interesa saber en qué paraje de la tierra se encuentra, ni lo que hace, ni aun si está vivo ó muerto? «*A Servio Galva, armado con el puñal homicida, lo veis en vuestro campamento*». Nada te respondo respecto á Galva, fidelísimo é intrépido ciudadano; irá á buscarte, le verás de cerca, y el puñal que acusas te responderá. «*Soldados míos ó veteranos los reclutáis como para acabar con los que asesinaron á César y, contra lo que opinaban, les impulsan á combatir á su cuestor, á su general, á sus compañeros*». En efecto; nosotros les hemos engañado, les hemos burlado; ignoraba la legión de Marte y la cuarta y no sabían los veteranos de qué se trataba. No se proponían la defensa de la autoridad del Senado y la libertad del pueblo romano. Lo que querían era vengar la muerte de César, cuando todos

pensaban que había sido un hecho fatal. Lo que ansiaban era verte en salvo, feliz y floreciente. ¡Oh miserable Antonio, tanto más miserable por no comprender lo miserable que eres!

XVII. Pero oid el mayor crimen. «*Finalmente, ¿qué no habéis aprobado ó hecho? ¿Qué haría si resucitase?*» ¿Qué? Paréceme que va á citar el ejemplo de algún malvado. «*El mismo Cneo Pompeyo*». ¡Oh torpes de nosotros! ¿Ni siquiera somos imitadores de Cneo Pompeyo? «*O su hijo, si pudiera estar en Roma*». Vendrá, créeme. Dentro de pocos días entrará en la casa y en los jardines paternos. «*Finalmente, negáis que pueda hacerse la paz si no dejo escapar á Bruto, y hasta si no le proveo de víveres*». Sí, eso es lo que otros pretenden; por mi parte, aunque hicieras tal cosa, creo no habrá jamás paz entre tú y la República. «*¿Qué? Ese es el deseo de tus veteranos, que son todavía absolutamente dueños de su voluntad*». Dueños son, en efecto, de atacar al general de quien tan voluntaria y unánimemente se apartaron. «*Puesto que os habéis vendido á los halagos y envenenados donativos*». ¿Son depravados y corrompidos los que tienen la persuasión de perseguir á un enemigo odioso, haciéndole justísima guerra? «*A tropas sitiadas concedéis vuestro auxilio. No me opongo á que se salven y vayan á donde les mandéis ir, pero á condición de que muera quien debe morir*». ¡Qué benigno! Sin duda por aprovecharse de estas liberalidades de Antonio, han abandonado los soldados á su general y, amedrentados, se pasaron al campo enemigo. ¡Ah! Si Bruto no hubiera resistido, no habría sido Dolabela el primero en hacer sacrificios á los manes de su jefe, sino Antonio

quien los ofreciera á la memoria de su colega. «*Me escribís que se ha hablado de paz en el Senado, y que cinco consulares han sido nombrados embajadores. Es difícil creer que quienes me han rechazado tan precipitadamente, proponiendo yo las condiciones más equitativas y aun pensando prescindir de algunas de ellas, sean algo moderados y humanos. ¿Es verosímil que, habiendo declarado á Dolabela enemigo de la patria por el acto más legítimo, puedan esos mismos hombres perdonar á los que sentimos lo mismo que él?*» ¿No confiesa claramente la sociedad para toda especie de delitos que formó poco ha con Dolabela? ¿No estáis viendo que es la fuente donde manan todas las maldades? Finalmente: él mismo confiesa, con bastante agudeza, ser imposible á los que han declarado á Dolabela enemigo de la patria por un hecho legítimo (así le parece á Antonio), perdonar á quien, como él, siente lo mismo que Dolabela.

XVIII. ¿Qué ha de hacerse con quien confiesa en una carta oficial el convenio con Dolabela, para que Trebonio y, á ser posible, Bruto y Casio, muriesen atormentados, aplicando á nosotros iguales suplicios? ¿Conviene conservar á la República un ciudadano tan piadoso y tan justo? Quéjase también Antonio de que sus condiciones hayan sido rechazadas, siendo tan equitativas y modestas. Pedía la Galia ulterior, como la provincia más á propósito para preparar y renovar la guerra civil, que los Alaudes formaran tribunales en la tercera decuria, es decir, constituir un refugio de maldades, oprobio y deshonor de la República. Exigía, además, que sus actas fueran ratificadas,

aunque de su consulado no quede vestigio alguno. Estipulaba también en favor de Lucio Antonio, que tan equitativo se mostró al repartir las tierras públicas y privadas, en compañía de sus colegas Nucula y Lenton.

«Considerad si es más culto y más útil á los partidos vengar la muerte de Trebonio que la de César, y si es preferible que vengamos á las manos para que fácilmente reviva la causa de los pompeyanos, tantas veces abismada, y consentir en que seamos ludibrio de nuestros enemigos». Si hubiera sido abismada, jamás resurgiría, lo cual, á causa de ti y de los tuyos, es deseable. Pregunta, además, *«si es culto»*. ¿Quién busca cultura en esta guerra? *«Si es más útil á los partidos»*. Partidos, hombre furioso, se llaman los que hay en el Foro ó en el Senado, pero lo que tú has resucitado es una guerra infame contra la patria: sitias á Módena, asedias á un cónsul electo. Van á guerrear contra ti los dos cónsules y con ellos el propretor César; toda Italia está armada contra ti. Lo que llamas tú partido es más bien una insurrección contra el pueblo romano. *«Que vengamos la muerte de Trebonio con preferencia á la de César»*. Hemos vengado bien á Trebonio declarando á Dolabela enemigo de la patria; en cuanto á la muerte de César, vengada está con el silencio y el olvido. Pero ved lo que intenta. Cuando juzga necesario vengar la muerte de César, propónese él matar, no sólo á los autores de aquélla, sino también á los que no la sintieron.

XIX. *«Sea cualquiera de nosotros quien sucumba, el beneficio será para ellos. Nos había librado hasta ahora la fortuna del espectáculo de ver lu-*

char dos ejércitos pertenecientes á un mismo cuerpo por excitaciones de un maestro de esgrima, de ese Cicerón, que hasta ahora ha tenido la fortuna de engañaros con los mismos halagos que empleó para engañar á César, vanagloriándose de ello». Y continúa las invectivas contra mí, como si mis primeros ataques hubieran sido acertadísimos, el hombre en quien marcaré verdaderas notas de infamia que se perpetúen en la memoria de las gentes. ¡Yo maestro de esgrima! Sí, y bastante hábil, pues deseo que degüellen á los malvados y venzan los buenos. Cualquiera que sea el que sucumba, escribe, el provecho en lo futuro será para nosotros. ¡Brillante provecho! Si tú fueras vencedor (no lo permitan los dioses), será en lo futuro dichosa la muerte de los que logren perder la vida sin torturas. Que yo he empleado los mismos halagos con Hircio que con César. Dime, te lo ruego, ¿qué halagos ni qué honras ha recibido de mí Hircio? En cuanto á César, más y mayores se le deben. ¿Te atreves á decir que César, su padre, fué engañado por mí? Tú; tú, repito, le mataste en las Lupercales: su flamin eras, hombre ingratisimo; ¿por qué le abandonaste?

Pero ved la firmeza y energia de carácter de este magno y preclaro varón. *«Por mi parte, resuelto estoy á no sufrir ultrajes á mí ni á los míos; no abandonaré un partido que odiaba á Pompeyo; no sufriré que se arroje á los veteranos de sus dominios, ni que uno tras otro sean llevados al suplicio, ni faltaré á la promesa que hice á Dolabela». Pase por lo demás; pero ¡la promesa hecha á Dolabela! Un hombre tan piadoso, tan virtuoso, no podía faltar á ella. ¡Y qué promesa! Asesinar á*

los mejores ciudadanos, repartirse Roma y la Italia entera, y entregar al pillaje las provincias. ¿Pero qué otro tratado ni otras promesas podían mediar entre dos impurísimos parricidas, Antonio y Dolabela? «*No violaré la asociación que he formado con Lépido, el más honrado de los hombres*». ¿Tú asociado con Lépido ó con cualquier otro, no diré ya buen ciudadano, como lo es él, pero siquiera hombre sensato? Te esfuerzas porque se considere que Lépido es un impío ó un insensato; pero es inútil, pues aunque garantizar á otro sea cosa difícil, jamás temeré hácerlo por Lépido, y de él operaré el bien mientras no se pruebe lo contrario. Lépido quiso disuadirte de tu furiosa locura, en vez de ser auxiliar de tu demencia. Tú buscabas, no sólo hombres de bien, sino un hombre excellentísimo, y como esta palabra no se encuentra en la lengua latina, la has inventado, sin duda, á causa de tu divina virtud. «*Yo no haré traición á Planco, asociado á mis designios*». ¿Planco asociado tuyo? ¿Planco, cuya memorable y casi divina virtud resplandece en la República? Acaso piensas que vendrá en tu auxilio con sus fuertes legiones, numerosa caballerfa é infantería de galos; pero si antes de que llegue no ha sido vindicada la República con tu castigo, él será el caudillo que termine la guerra, para honra suya; porque si los primeros auxilios son los más útiles á la República, los últimos son los más agradecidos.

XX. Pero reconcentrando sus ideas al fin comienza á filosofar: «*Si los dioses inmortales me auxilian en mis rectos pensamientos, viviré dichoso; pero si el hado me fuera adverso, de ante-*

mano me hacen gozar vuestros suplicios, porque si los pompeyanos vencidos son tan insolentes, vosotros experimentaréis mejor que nadie lo que son victoriosos». Regocijate si quieres de antemano; pero tú estás en guerra no sólo contra los pompeyanos, sino contra toda la República. Todos te odian; los dioses, los hombres grandes, medianos y pequeños, ciudadanos ó extranjeros, varones ó hembras, libres ó esclavos. No ha mucho lo puso de manifiesto una noticia falsa, pero pronto tendremos la certidumbre. Si meditas en todo esto, morirás con mayor resignación y consuelo. «Finalmente mi última determinación es olvidar las injurias de los míos si ellos quieren también olvidar lo que han hecho y si están dispuestos á vengar, en unión conmigo, la muerte de César». Conocidas estas intenciones de Antonio, ¿creéis que los cónsules A. Hircio y C. Pansa puedan titubear en pasarse á su causa? ¿Que quieran sitiar á Bruto y tomar por fuerza á Módena? ¿Pero á qué hablar de Pansa y de Hircio? César, ese joven de tan singular piedad, ¿podrá dispensarse de vengar en la sangre de D. Bruto la muerte de su padre? Así lo han hecho, y tan pronto como leyeron la carta se aproximaron á sus trincheras. Lo que prueba la grandeza del joven César y el gran favor de los dioses inmortales haciéndole nacer para salvar la República, es que ni por ninguna clase de apelación al nombre de su padre ni por la veneración que su memoria le inspira se ha separado jamás de nosotros. Comprende que el mayor de los deberes es el de conservar la patria. Si hubiera lucha entre los partidos (y el nombre de partidos ha desaparecido). ¿Serian

Antonio ó Ventidio quienes defendiesen la causa de César mejor que el mismo joven César, tan virtuoso y amante de la memoria de su padre, y después de él Pansa é Hircio, que fueron casi las dos manos de César cuando habia partido de este nombre? ¿Son verdaderamente partidos los que hay hoy cuando de un lado están, la autoridad del Senado, la libertad del pueblo romano y la salvación de la República, y de otro la muerte de los buenos ciudadanos y el reparto de Roma y de Italia?

XXI. Lleguemos á la conclusión. «*No creo que los legados vengan (bien me conoce) al teatro de la guerra*». Seguramente no, después del ejemplo que ha dado Dolabela. No creo que los embajadores fueran para él más sagrados que lo son los dos cónsules contra quienes esgrime las armas; que el mismo César, de cuyo padre fué Antonio flamin, que el cónsul electo á quien asedia, que Módena, á la cual ataca; que la patria amenazada por él con la tea y el puñal. «*Cuando hayan venido sabré lo que piden*». ¡Perezcas tú antes, mala peste, en infame suplicio! ¿Quién ha de llegar á ti si no es un semejante á Ventidio? Por extinguir el incendio al nacer te enviamos personas respetabilísimas que rechazaste. Ahora, que es general el incendio, ¿para qué hemos de tratar cuando no te queda recurso alguno para hacer la paz, ni siquiera para rendirte?

Os he leído esta carta, padres conscriptos, no porque la crea digna de ser refutada, sino para que, según sus propios deseos, pudierais ver al descubierto todos sus parricidios. Si M. Lépido, poseedor de todas las virtudes y de todos los dones de la fortuna viese todo esto, ¿cómo era

posible que creyera ni aun que pensara en hacer la paz con Antonio? Uniránse las olas á las llamas, como dice no sé cuál poeta; uniránse todo lo que es contrario antes de que lleguen á estar de acuerdo los Antonios con la República ó la República con los Antonios. Esto sería para la República una monstruosidad, un portentoso, un prodigio. Preferible es remover á Roma de sus cimientos y trasladarla, si posible fuera, á otras tierras donde no pudieran llegar á sus oídos ni los hechos ni los nombres de los Antonios, ni volver á ver dentro de sus muros á los que el valor de César ha arrojado de ellos y el de Bruto los detiene. Lo preferible á todo es vencer; en segundo caso está rechazar todo lo que sea contrario á la dignidad y á la independendencia de la patria. Después de éste no hay tercer caso, pero la desdicha más extrema sería someterse á la mayor degradación por el apego á la vida.

En tal estado de cosas, por lo tocante á las pretensiones y á la carta del excelente M. Lépidio, me adhiero á la opinión de Servilio, y además propongo decretar que Sexto, hijo del gran Pompeyo, ha mostrado por la República el mismo valor y celo que sus antepasados; que ha demostrado, como en anteriores tiempos, su valor, actividad y buen deseo, prometiendo su personal concurso y el de las fuerzas que manda al Senado y al pueblo romano, ofrecimiento que el Senado y el pueblo romano han aceptado con gratitud y debe contribuir al honor y á la fama de Pompeyo. Esto puede incluirse en el senado consulto ó ir separado de él, para que el elogio de Pompeyo aparezca consignado en un senado consulto especial.

Acabados estos debates del modo que deseaba Cicerón, escribió éste á Lépido una carta breve y seca para darle á entender que en Roma no se tenía miedo y que, hiciese él lo que quisiese, no causaría ninguna inquietud.

Planco, que mandaba en la Galia Transalpina y se encontraba en Lyon con un ejército bastante numeroso, pretendió fortificar la idea de Lépido con una carta que escribió al Senado. Cicerón le contestó que si los sublevados deseaban la paz, á ellos correspondía pedirla, comenzando por deponer las armas, pues con ellas en las manos sólo la conseguirían por medio de la victoria y no por un tratado.

Cicerón practicaba cuanto se podía esperar de la prudencia humana para restablecer la república, pues estos últimos esfuerzos que se hacían para evitar su destrucción debíanse todos á su consejo y autoridad. Como el Estado no tenía enemigo más cruel que Antonio, Cicerón había armado contra él todas las fuerzas de Italia, y el ejército del Senado parecía suficiente para oprimirle. El joven Octavio no era menos temible al partido de la libertad, pero la oposición de intereses y los celos personales, que ya eran públicos, podían producir la ruina de entrambos. Cicerón conducía las cosas á este fin con mucha habilidad, usando siempre de precaución y cautela con Octavio, y poniendo la superioridad de fuerzas en mano de los cónsules, con los cuales había hallado el secreto de hacerlos celosos partidarios de la li-

bertad. Para este proyecto se le oponían obstáculos por todas partes, especialmente por aquellos que gobernaban las provincias, porque casi todos eran hechuras de César, le debían sus fortunas y habían sido los fautores de su tiranía; y como seguían los mismos principios, aspiraban al poder supremo ó contaban participar de él, mancomunándose con otro ambicioso que tuviera más fuerzas y las mismas pretensiones. Unos ciudadanos de este carácter, cuando se veían al frente de un ejército de veteranos, no se hallaban, ciertamente, muy dispuestos á obedecer á un Senado que podían desdeñar, ni á poner la fuerza militar, que hacía mucho tiempo mandaba en todo, sujeta á la autoridad civil. Sin embargo de eso, Cicerón no perdonó cartas, exhortaciones y solicitudes para hacerles preferir á toda utilidad la inmortal gloria que les resultaría de salvar la patria. Aquellos de quienes más desconfiaba y, por consiguiente, necesitó hacerles mayores instancias, fueron Lépido, Polion y Planco, porque el número de sus tropas y la importancia de sus gobiernos les daba más proporción para servir á la república ó para dañarla. Con los dos primeros contaba muy poco, pero, no obstante, les representó tan vivamente las fuerzas de la buena causa y la unanimidad del Senado, de los cónsules y de toda la Italia, que les obligó por lo menos á disimular sus intenciones y á afectar un poco de celo por el bien común y, lo que importaba más, á mantenerse neutrales hasta la decisión de los negocios de Italia, de que dependía la suerte de la república. Parece que de quien sacó más fruto fué de Planco, pues se ve en las cartas que escribió á Bruto, y por las de Planco mismo, que éste le dió las mayores seguridades de fidelidad y que le prometió ponerse en marcha para venir al socorro de Módena, lo cual no fué necesario, porque entretanto ocurrió la derrota de Marco Antonio.

Asinio Polion mandaba en la España ulterior con tres legiones muy acreditadas. Aunque era grande amigo de Antonio, escribió también á Cicerón asegurándole con las expresiones más vivas que estaba resuelto á tomar la defensa de la república contra cualquiera que intentase atacarla.

Existen todavía muchas cartas de Cicerón á Cornificio, que mandaba el África, exhortándole á defender valerosamente la república en su provincia, y aquel procónsul fué el único que le mantuvo la palabra y que se sacrificó por la salud del Estado, pues perdió la vida por mantener su provincia obediente á la república.

Se ve, pues, que Cicerón, por medio de cartas y exhortaciones, excitaba continuamente á los que ejercían alguna autoridad en las diferentes partes del imperio á que pusiesen en movimiento todos los resortes para sostener la libertad; y por premio de tanto trabajo tenía que combatir continuamente dentro de Roma contra la rabia y malicia de los conjurados. Éstos le daban los mayores sustos con las noticias falsas que esparcían del sitio de Módena y con exagerar las ventajas de Marco Antonio, y lo que era más terrible, con suponer que se había unido con los cónsules para obligar á Décimo Bruto á rendir la plaza. El miedo que esparció esta noticia fué tan grande, que todos los hombres de bien no pensaban sino en abandonar á Roma y retirarse donde estaban Bruto y Casio. En tal aprieto sacó Cicerón fuerzas de flaqueza, y en aquella general consternación se mostró más alegre y tranquilo de lo acostumbrado, y cuando la mayoría de los amigos dudaba ya de la fidelidad de los cónsules, él conservó en ellos entera confianza. Conociendo el número y excelencia de sus tropas, aseguraba á todos que, si la gran disputa llegaba á decidirse por batalla, la victoria sería infaliblemente

de ellos. Lo que le disgustó más que todo fué la voz injuriosa que esparcieron los contrarios maliciosamente de que había formado el proyecto de apoderarse de Roma y hacerse proclamar dictador. Como lo decían con tanta seguridad, añadiendo que dentro de dos días aparecería en público con las fasces y lictores, se vió obligado á servirse de la amistad del tribuno Apuleyo para desmentir la calumnia, haciendo un discurso al pueblo, el cual le dió en aquella ocasión manifiestamente nuevo testimonio de lo mucho que le estimaba, exclamando «que estaban seguros de que Cicerón nunca había tenido otro objeto sino el mayor bien de la república». Este testimonio tan glorioso bastaba para consolarle. Para colmo de satisfacción, dos ó tres horas después del discurso de Apuleyo recibió otra noticia infinitamente más agradable é importante, que era la de una victoria ganada contra Antonio.

El cónsul Pansa caminaba al frente de cuatro legiones hacia Módena para unirse con Hircio y Octavio; pero Marco Antonio, que le contaba las marchas, destacó algunas de sus mejores tropas para impedir la unión. Trabada la batalla lograron los de Marco Antonio encerrar en su campamento á las tropas de Pansa, recibiendo éste dos heridas que á los pocos días le causaron la muerte. Cuando Antonio se replegaba victorioso le atacó el cónsul Hircio, en el mismo sitio donde había ocurrido el primer encuentro, y le derrotó completamente. Al mismo tiempo Octavio, que había quedado á la guarda del campamento, rechazaba un ataque dirigido contra éste.

Conocidos estos hechos en Roma por los informes de los cónsules y de Octavio, y por una carta de Sergio Galba á Cicerón, luego que se divulgó la noticia produjo una alegría proporcionada al miedo y terror que otras contrarias habían causado antes. Todo el pueblo

se reunió al instante frente á la casa de Cicerón, y le condujo al Senado como en una especie de triunfo. A la vuelta le acompañaron de la misma forma á los Rostros, donde dió cuenta de todas las ventajas que la república había conseguido.

El pretor urbano Marco Cornuto mandó reunir el Senado al día siguiente para deliberar sobre las cartas de los cónsules y de Octavio. Servilio opinó que los ciudadanos dejaran desde aquel día el traje militar, volviendo á vestir la toga, y que se decretasen acciones de gracias á los dioses en honor de los cónsules y de Octavio.

Cicerón habló después de él, pronunciando el siguiente discurso, el último que hizo, ó, al menos, de los que nos han quedado suyos.